

VOLKSWAGEN BLUES

Jacques Poulin

JACQUES CARTIER

Lo despertó el maullido de un gato.

Se incorporó en su saco de dormir, apartó la cortina que obstruía la ventana trasera del minibús Volkswagen y vio a una chica alta y delgada vestida con un camisón blanco, caminando descalza sobre la hierba a pesar del frío; un gatico negro corría detrás de ella.

Golpeó el vidrio sin hacer demasiado ruido, y el gato se detuvo en seco, con una pata en el aire, antes de seguir corriendo. El cabello de la chica era negro como el carbón y trenzado en una larga cola que le llegaba hasta la mitad de la espalda.

Estirando el cuello, el hombre vio que se dirigía hacia la zona del camping reservada para las tiendas. Salió de su saco de dormir, se puso unos jeans y un grueso suéter de lana porque era friolento, luego abrió todas las cortinas del viejo Volks. El sol estaba saliendo y había bancos de niebla sobre la bahía de Gaspé.

Fue a lavarse y afeitarse en los baños. Cuando regresó, ya no había nadie en la zona de las tiendas; la chica había desaparecido. Abrió la puerta corrediza del minibús y llevó a la mesa de picnic su estufa de gas, su bombona de propano y su vajilla de plástico. Se preparó un jugo de naranja, unos corn flakes, tostadas e hirvió suficiente agua para el café y los platos. Mientras tomaba el café, se levantó de repente y fue a buscar en la guantera del Volkswagen la vieja postal de su hermano Théo. Recostó la postal contra el tarro de mermelada y bebió su café a pequeños sorbos.

Cuando levantó la vista, el hombre vio que la niebla se había disipado y que la bahía de Gaspé estaba bañada de luz. Lavó

los platos, guardó todas sus cosas en el minibús y bajó el techo. Antes de partir, hizo las tres verificaciones habituales: el hielo en el refrigerador, el aceite del motor y la correa del ventilador. Todo estaba normal. Con cierto automatismo le dio una patada al neumático delantero del lado del conductor, luego se sentó al volante. Al salir del camping, giró a la izquierda: la ciudad de Gaspé estaba a unos cinco kilómetros.

Una pendiente bastante empinada lo obligó a reducir a tercera, luego a segunda, y cuando llegó a la cima, vio a la chica alta y delgada caminando al borde de la carretera. Estaba parcialmente oculta por una enorme mochila con armazón tubular, pero la reconoció de inmediato por su cabello muy negro y sus pies descalzos. Mantuvo la segunda velocidad más tiempo del necesario y, al rugir del motor, la chica levantó el pulgar de la mano izquierda sin volverse. La adelantó, detuvo el Volks en la verma y encendió las estacionarias.

La chica abrió la puerta.

Tenía un rostro huesudo, tez morena, ojos muy negros y ligeramente achinados. Llevaba un vestido blanco de algodón.

— ¡Buenos días!, dijo ella.

— Voy a Gaspé, dijo el hombre. No está lejos, pero...

Le hizo señas de que subiera.

Ella se quitó la mochila y la colocó en el asiento del pasajero.

El gatico negro salió de uno de los bolsillos, se estiró y trepó al respaldo del asiento. Era completamente negro, de pelo corto y ojos azules. Comenzó a explorar el minibús. El hombre colocó la mochila entre los dos asientos. La chica subió al Volks, pero dejó la puerta abierta. Observaba al gato y esperaba a que terminara su exploración. Finalmente, el gato vino a acostarse sobre sus rodillas.

— Está bien —dijo, y cerró la puerta.

Tras una mirada al espejo retrovisor, el hombre arrancó. El Volks estaba muy viejo y corroído por el óxido, pero el motor funcionaba bien. Era un motor renovado. La chica era joven. El hombre ajustó la calefacción para que le llegara un poco de aire caliente a los pies. Era principios de mayo.

— ¿Vas lejos?, preguntó él.

— No lo sé, dijo ella. Pero primero tengo que ir al museo de Gaspé. Conozco a alguien y lo quiero saludar.

— Yo voy a Gaspé, pero no sé exactamente a qué lugar...

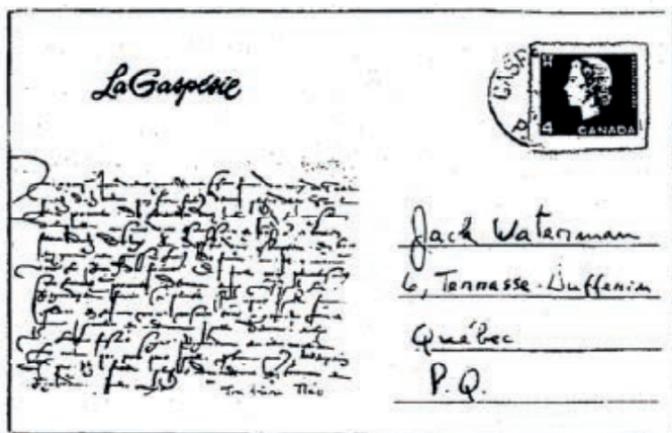
Hizo un gran gesto en el vacío con la mano derecha.

— Busco a mi hermano, dijo finalmente.

No había visto a su hermano desde hacía mucho tiempo: quince años, quizás veinte, no recordaba con exactitud. La última vez que lo había visto fue en Mont-Tremblant, donde habían asistido a una carrera de autos. Fórmula 1. Luego, su hermano se había ido de viaje. Al principio, enviaba postales. Debía moverse mucho, porque las postales venían de todo tipo de lugares; había recibido una de Key West y otra de la bahía James. Luego, después de unos años, había dejado de escribir. Nunca más dio señales de vida. La última postal era realmente extraña, y el matasellos había sido puesto en Gaspé.

— Mira en la guantera —dijo.

La chica tomó la postal y la examinó. El hombre la observaba de reojo para ver su reacción. La postal mostraba un paisaje típico de la región de Gaspé: un pequeño pueblo de pescadores en el fondo de una ensenada; el texto en el reverso era completamente ilegible, excepto por la firma: *Tu hermano Théo*.



Joseph-Camille Pouliot, *La gran aventura de Jacques Cartier*, p. 42.

— Es una escritura antigua, obviamente, dijo la chica.

— Obviamente, dijo el hombre, conteniendo la respiración.

— Los textos antiguos siempre son difíciles de leer, dijo ella, con mucha calma. ¿Tu hermano Théo era historiador o algo así?

— Estudió historia, pero nunca trabajó en ese campo. Ni en ningún otro. No le gustaba trabajar. Lo que le gustaba eran los viajes, los autos. Hacía pequeños trabajos, y cuando tenía un poco de dinero, se iba de viaje.

La chica esbozó una leve sonrisa.

— ¿Y físicamente, cómo era?

— Lo contrario de mí: era alto, un metro noventa, el cabello... negro como el tuyo, y no se complicaba la vida por nada.

— Pero ¿por qué lo buscas *ahora*, si no es indiscreción? Después de todo, la postal es muy vieja...

— Es cierto. Había guardado la postal en un libro y la olvidé. Quiero decir: no recordaba en qué libro estaba.

Reflexionó un momento.

— Obviamente, eso no responde a tu pregunta.

— No estás obligado.

— Claro...

El hombre conducía el Volkswagen muy lentamente, en tercera. De vez en cuando, miraba por el retrovisor para ver si alguien se impacientaba detrás de él. No había nadie. Aun así, finalmente se detuvo al borde de la carretera y apagó el motor.

— Cumpilé cuarenta años la semana pasada y...

Sacudió la cabeza.

— Pero no, no es una cuestión de edad... Hay días en que tienes la impresión de que todo se derrumba... dentro de ti y a tu alrededor, dijo, buscando sus palabras. Entonces te preguntas a qué puedes aferrarte... Pensé en mi hermano. Era mi mejor amigo en el pasado. Me pregunté por qué no daba más noticias y busqué la última postal que me había enviado. Finalmente la encontré. Estaba en un libro con cubierta dorada que se llama *The Golden Dream*. Un libro de Walker Chapman. ¿Lo has leído?

— No, dijo la chica.

— En fin, ahí fue donde encontré la postal. Y como había sido enviada desde Gaspé, aunque fuera hace mucho tiempo...

— Entiendo.

— Hoy me siento viejo y ridículo.

La chica volvió a examinar la postal. Acariciaba distraídamente la cabeza del pequeño gato que dormía sobre sus rodillas.

— ¿Te llamas Jack? —preguntó, leyendo el nombre y la dirección que figuraban a la derecha del texto.

— Así me llamaba mi hermano. Cuando éramos pequeños, nos poníamos nombres en inglés y nos parecía mucho mejor.

— A mí, la gente me llama la Gran Saltamontes. Parece que por mis piernas, que son demasiado largas.

Levantó su vestido hasta los muslos para mostrárselos. Sus piernas eran realmente muy largas y delgadas. Luego volvió a sumergirse en el estudio de la postal.

— Parece que la última palabra es *croix*, dijo.

Le dio la postal.

— Puede que tengas razón, dijo él, pero ¿no podría ser *voix*?

— No.

— ¿Por qué?

— Porque tiene cinco letras.

Él se echó a reír, y ella lo miró sin entender.

— Perdóname, dijo, pero parecemos dos tontos descifrando el viejo mapa de un tesoro.

— Un poco sí, dijo ella sin perder su aire serio. Si tu hermano se tomó la molestia de imprimir un texto antiguo en una postal, imagino que tenía una idea en mente. Es una especie de mensaje que te enviaba, ¿no crees?

Hablaba con mucha calma, y era muy agradable escucharla reflexionar en voz alta.

— A menos que fuera una broma, agregó.

— No podemos saberlo, dijo él. Théo no hacía las cosas como los demás.

Puso en marcha el motor.

— Si estuviera en tu lugar, dijo la chica, iría al museo y le mostraría el texto al curador.

Él se volvió para mirarla. Ella seguía con el mismo aire grave y reflexivo, pero inclinaba la cabeza hacia un lado porque el

pequeño gato había trepado a su hombro y se le había instalado en el cuello.

— Es aquí, dijo la Gran Saltamontes. Gira a la izquierda.

Jack salió de la carretera y estacionó el viejo Volkswagen junto al museo. Era un edificio de madera con varias secciones dispuestas en forma de estrella. Más allá, en una especie de explanada, se alzaban un grupo de esculturas de metal negro parecidas a menhires con inscripciones; también había una gran cruz de granito que medía al menos nueve metros de altura.

Bajaron del Volkswagen. La chica dejó a su gato dentro, pero abrió una ventana para que pudiera salir si quería.

— ¿No se perderá? —se preocupó el hombre.

— No —dijo ella. Le gusta pasear, pero nunca se aleja mucho.

En el vestíbulo del museo, una anciana fregaba el piso con una fregona y un balde de agua. La joven se acercó a ella y comenzó a hablarle en voz baja. Jack rodeó los charcos de agua jabonosa y se dirigió al mostrador de información, detrás del cual estaba sentado un joven que parecía absorto en una lectura.

— Disculpe que lo moleste.

— ¿Eh? —dijo el joven, levantando la vista.

— Quisiera una información, por favor.

— ¿Qué tipo de información?

— Es acerca de esto —dijo Jack, mostrándole la postal.

El joven examinó el texto durante unos instantes, echó un vistazo al reverso y luego volvió a mirar el texto.

— No entiendo ni una palabra de esto —declaró.

— Claro, pero...

— Si ya lo sabía, ¿por qué me mostró la postal? —lo interrumpió el joven con tono impaciente.

— Es un texto antiguo.

— ¿Y qué?

En ese momento, la Gran Saltamontes y la mujer de la limpieza se acercaron al mostrador. Sin levantar la voz, el hombre intentó explicar:

— Quería preguntarle sobre el origen del texto...

— No soy un experto en textos antiguos —dijo secamente el joven.

Le devolvió la postal con un encogimiento de hombros y retomó su lectura. Estaba leyendo un cómic de *Superman*.

La Gran Saltamontes preguntó:

— ¿Sabe si el curador está en su oficina?

— ¿*Quién?* —dijo el joven sin levantar los ojos.

— El director del museo.

— Está de viaje.

La mujer de la limpieza intentaba ver la postal por encima del hombro de Jack. Era pequeña y redondeada, y el color de su piel, así como los rasgos de su rostro, mostraban que era una indígena.

— ¿Puedo ver? —preguntó.

Como él no respondía, se secó los dedos en su blusa blanca y le quitó la postal de las manos.

— Me parece que es la escritura de Jacques Cartier —dijo.

Hubo un largo silencio. Al ver que nadie hacía comentarios, la mujer colocó la postal sobre el mostrador y regresó al balde de agua que había dejado en medio del vestíbulo.

— ¿La escritura de Jacques Cartier? —preguntó el hombre, siguiéndola paso a paso. ¿Qué le hace decir eso?

— Es muy simple —dijo ella—, su texto antiguo es exactamente el mismo que el que está en la gran sala, y no puedo equivocarme porque, todos los días mientras limpio, me toca quitar el polvo de los dos carteles.

— ¿Los *dos* carteles? ¿Entonces hay *dos* textos?

— No. Es el mismo texto en los dos carteles, excepto que uno está en escritura antigua, como el suyo, y el otro en escritura... normal.

— ¿Tendría la amabilidad de mostrárnoslo? —preguntó él con entusiasmo.

— Por supuesto. Vengan por aquí, pero pongan cuidado dónde pisan.

Jack y la chica entraron en la gran sala detrás de la mujer de la limpieza. Siguieron una especie de pasillo trazado por cables paralelos que serpenteaban entre diversos objetos dispuestos en el suelo, colgados en las paredes o expuestos en vitrinas: herramientas, ropa, armas, vehículos de transporte, instrumentos de navegación, mapas y carteles... todo ordenado cronológicamente, desde los orígenes de América hasta la época contemporánea.

Al fondo de la gran sala, la mujer de la limpieza se detuvo frente a dos carteles gigantes. Sacó mecánicamente un trapo de su bolsillo y los limpió.

— Aquí está —dijo simplemente.

Vieron de inmediato que el texto del cartel de la izquierda era el mismo que el de la postal, y se volvieron para agradecerle a la mujer, pero ella ya no estaba.

En el cartel de la derecha se podía leer: «Extracto de la relación original del primer viaje de Jacques Cartier». Y el texto, en caracteres de imprenta, decía lo siguiente:

El día XXIII del mencionado mes hicimos erigir una cruz de treinta pies de alto, que fue colocada frente a varios de ellos, en la punta de la entrada de dicho puerto, bajo el travesaño de la cual pusimos un escudo en relieve con tres flores de lis, y encima un letrero en madera, en letras grandes y gruesas, donde decía: «¡Viva el Rey de Francia!»; y plantamos dicha cruz en la mencionada punta frente a ellos, quienes la vieron hacer y plantar; y después de que fue elevada en el aire, nos arrodillamos todos, con las manos juntas, adorándola frente a ellos, y les hicimos señas, mirando y mostrándoles el cielo, que por ella era nuestra Redención, de lo cual mostraron gran admiración, volviéndose y mirando dicha cruz.

— Es un buen texto y me alegra haberlo leído —dijo Jack, pero no sé si estamos mucho más avanzados...

— Creo que progresamos —dijo la Gran Saltamontes. Ahora hay que reflexionar un poco. ¿Vamos a dar un paseo afuera?

Releyeron el texto de Jacques Cartier y luego salieron lentamente de la gran sala, deteniéndose aquí y allá para echar un vistazo a las piezas de la exposición. Observaron en particular un mapa geográfico muy grande y hermoso de América

del Norte, donde se veía el inmenso territorio que pertenecía a Francia a mediados del siglo XVIII, un territorio que se extendía desde las regiones árticas hasta el golfo de México y que, hacia el oeste, llegaba incluso a las montañas Rocosas: era increíble y muy emocionante de ver. Pero también había otro mapa geográfico, igualmente impresionante, que mostraba una América del Norte antes de la llegada de los blancos; el mapa estaba marcado con nombres de tribus indígenas, nombres que el hombre conocía: los Cree, los Montagnais, los Iroquois, los Sioux, los Cheyennes, los Comanches, los Apaches, pero también una gran cantidad de nombres de los que nunca había oído hablar en su vida: los Chastacostas, los Shumans, los Miluks, los Wacos, los Karankawans, los Timucuas, los Potanos, los Yuchis, los Coahuiltecans, los Pascagoulas, los Tillamooks, los Maidus, los Possepatucks, los Alseas, los Chawashas, los Susquehannas, los Calusas.

La chica se detuvo largo rato frente al segundo mapa. Sus ojos brillaban y estaban húmedos, y Jack entendió que era mejor dejarla sola un momento. Regresó al vestíbulo. La mujer de la limpieza terminaba de secar el piso. El hombre le estrechó la mano y le agradeció por la información.

— Si quiere descansar —dijo ella—, puede sentarse en la biblioteca. Es el mejor lugar para tener paz, y hay todo tipo de libros sobre Jacques Cartier, si es eso lo que le interesa.

— Gracias de nuevo, querida señora —dijo él.

— Es raro que la gente me diga «querida señora» —dijo ella con una amplia sonrisa.

— Voy a tomar un poco de aire y luego volveré a ver la biblioteca.

La Gran Saltamontes se unió a él con el gato y caminaron en silencio hasta el extremo de la franja de tierra que se adentraba en la bahía.

— Póngase en el lugar de Théo —dijo ella.

Estaban en un bosque de abedules, el tipo de árbol que el hombre prefería. La chica continuó:

— Llega al museo, lo visita y, por una razón que aún no conocemos, le da por enviar una postal cuyo texto sería el relato de Jacques Cartier que acaba de leer en la gran sala. Entonces, ¿qué hace?

— Compró una postal en el mostrador —dijo él.

— De acuerdo. ¿Y luego?

— Luego llevo el texto a un impresor y le pido que lo reproduzca en la postal, pero hay un pequeño problema...

— No puede llevarle el cartel de la gran sala, obviamente.

— Obviamente.

— ¿Entonces?

— Es simple —dijo ella. Va a la biblioteca.

— ¿Por qué?

— Para buscar el libro del que se extrajo el texto. Y cuando lo encuentra, hace una fotocopia y se la lleva al impresor.

— Me parece lógico —dijo él.

La miró con curiosidad.

— No sé cómo haces para tener las ideas tan claras —dijo. En mi cabeza hay una especie de niebla permanente y todo está confuso.

Minutos más tarde Jack estaba en la biblioteca. La chica se había detenido en el vestíbulo para decirle unas palabras a la mujer de la limpieza que se marchaba. La biblioteca era pequeña pero bien iluminada, con una gran mesa, sillas acolchadas y un fichero de títulos y autores. El hombre eligió varios libros sobre los viajes de Jacques Cartier y se sentó en un extremo de la mesa para examinarlos. A través de la puerta abierta, veía a la chica y a la mujer abrazadas, hablando en voz baja. La chica era mucho más alta que la mujer, pero ambas tenían el cabello exactamente del mismo color.

Hojeó varios libros y acababa de encontrar el texto de Jacques Cartier cuando la Gran Saltamontes se unió a él. Le mostró el texto, que estaba en una obra de Joseph-Camille Pouliot, *La gran aventura de Jacques Cartier*, en la página 43, con la siguiente nota: «Facsimil extraído de la relación original del primer viaje

de Cartier, que contiene el relato del levantamiento de una cruz en la bahía de Gaspé, el 24 de julio de 1534».

— ¡Me gusta mucho este señor Pouliot! —declaró la chica.

— Era un juez —dijo Jack.

— ¡Entonces, gracias, Su Señoría!

Se sentó en el otro extremo de la mesa y comenzó a reflexionar. De pronto, se levantó.

— Tengo una idea —dijo alegremente.

— ¿Otra?

— Vamos a hacer un pequeño experimento, mi querido Watson.

Tomó el libro y llevó a Jack fuera de la biblioteca. En el mostrador de información, un joven bebía una taza de café y fumaba un cigarrillo.

Ella colocó el libro abierto frente a él.

— Quisiera una fotocopia del facsímil.

— ¿Una fotocopia del *qué*?

— Del texto que está aquí.

Señaló el texto con el dedo. Él miró con mucha atención la escritura redonda y fantasiosa de Jacques Cartier.

— Es curioso, tengo la impresión de haber visto esto antes...

— Es muy observador —dijo ella.

— Muchas gracias —respondió él. Lamentablemente, no hay fotocopidora en el museo.

— ¿No?

— No.

— Entonces, ¿cómo hacemos para obtener una fotocopia?

— No tengo idea —dijo él.

Sin desanimarse, ella preguntó:

— ¿Es usted estudiante?

— Sí. ¿Por qué?

— En su colegio hay una fotocopidora, ¿no?

— Por supuesto.

— Entonces, ¿qué me impide sacar este libro e ir a fotocopiar mi texto en su colegio?

— Nada —dijo él.

Reflexionó un momento y añadió:

— Puede sacar un libro del museo con la condición de anotar su nombre y dirección en el libro de visitantes.

— No entendí bien —dijo la chica con un tono emocionado. ¿Dijo «en el libro...»?

— ... el libro de visitantes —repitió el joven.

Jack y la chica se miraron.

El joven sacó el libro de un cajón y, abriéndolo en la página del día, lo colocó frente a ella sin decir una palabra.

Ella escribió su nombre y dirección en el lugar que él le indicó.

— Y los libros antiguos, los de años pasados, ¿qué hacen con ellos? —le preguntó luego.

— Los guardamos —dijo él. Los archivamos en un clasificador.

— Un museo, obviamente, está hecho para guardar cosas viejas...

Había apoyado los codos en el mostrador, justo frente a él, y lo miraba con una sonrisa radiante.

— ¿Podríamos echar un vistazo a los libros antiguos, si no le molesta?

Él parecía preguntarse si se había vuelto loca.

LA LEYENDA DE « ELDORADO »

Rodaban por la ruta 132.

Era media tarde. El sol de mayo calentaba el interior del Volkswagen. El gato estaba acostado en la guantera y dormía. La carretera seguía la costa del golfo de San Lorenzo. Subían cerros y bajaban al fondo de las bahías. Se turnaban al volante con la intención, si era posible, de llegar a Quebec ese mismo día, donde el hombre vivía.

Habían dejado atrás varios pueblos: Cap-des-Rosiers, Rivière-au-Renard, L'Anse-à-Valleau... Jack estaba al volante. No hablaba mucho porque el paisaje era hermoso, pero en cada pueblo no podía evitar repetir la sorpresa que había sentido al leer la dirección de Theo en el libro de visitantes.

— No, pero de todos modos... ¡Saint-Louis, Missouri! —decía. ¡Ni siquiera es una dirección completa!

No lo entendía. Saint-Louis, Missouri. No, pero en serio... ¿Por qué esa ciudad y no otra? ¿Por qué no Nueva York? ¿Por qué no Miami, Vancouver o Los Ángeles? Ni siquiera sabía dónde estaba exactamente la ciudad de Saint-Louis. De hecho, no sabía nada de esa ciudad, excepto algunos nombres de equipos deportivos: los Cardinals de Saint-Louis en béisbol, los Blues de Saint-Louis en hockey...

La Gran Saltamontes revolvía en el compartimento que estaba detrás del asiento del conductor. Entre un montón increíble de mapas de carreteras que pertenecían al antiguo dueño del minibús, encontró un mapa de los Estados Unidos. Con un marcador, trazó la ruta que parecía más normal para ir de

HOJA DE RUTA

- 7 • 1. Jacques Cartier
- 19 • 2. La leyenda de El Dorado
- 23 • 3. Una llamada de Sam Peckinpah
- 30 • 4. El escritor ideal
- 39 • 5. Mil islas
- 46 • 6. Una conversación sobre Étienne Brûlé
- 59 • 7. La vida secreta del minibús Volkswagen
- 65 • 8. Un lugar muy tranquilo
- 71 • 9. La canción más triste del mundo
- 75 • 10. Al Capone, Auguste Renoir y el Premio Nobel
- 81 • 11. La roca del hambre
- 85 • 12. El viejo del Mississippi
- 87 • 13. Un diluvio de recuerdos
- 94 • 14. El capitán del Natchez
- 96 • 15. El complejo del buzo
- 106 • 16. Chop suey
- 111 • 17. El centro de Estados Unidos
- 117 • 18. La ruta de Oregón
- 126 • 19. Morir con tus sueños
- 134 • 20. La mujer del jinete de toros
- 141 • 21. El sheriff Waterman
- 144 • 22. La ametralladora Gatling
- 150 • 23. El campeón
- 157 • 24. El parteaguas
- 162 • 25. Un vagabundo
- 171 • 26. La ruta de California
- 176 • 27. Viejas canciones francesas
- 179 • 28. Una expedición para hablar con alguien
- 183 • 29. Los fantasmas de San Francisco
- 190 • 30. El señor Ferlinghetti
- 198 • 31. La chica en la ventana
- 201 • 32. Theo
- 209 • 33. La gran saltamontes